

EEUU: El evangelismo de hoy se forjó en la lucha contra el comunismo y el feminismo

DANIEL DENVIR :: 20/11/2021

Entrevista con la historiadora Kristin Kobes Du Mez, quien sostiene que el evangelismo ha evolucionado hasta convertirse en un movimiento de ultraderecha

Los observadores y críticos percibieron el apoyo por parte de los evangélicos blancos hacia Donald Trump --que no es precisamente una figura de valores cristianos-- como un rompecabezas a resolver. Pero donde muchos vieron hipocresía, la historiadora Kristin Kobes Du Mez identificó una serie de continuidades.

En su libro *Jesus and John Wayne: How White Evangelicals Corrupted a Faith and Fractured a Nation*, Du Mez sostiene que el evangelismo ha evolucionado hasta convertirse en un movimiento de derecha, y que Trump era exactamente el hombre que muchos habían estado esperando.

Du Mez es profesora de historia en la Universidad Calvin de EEUU y una calvinista que creció en la iglesia cristiana reformada. Su libro se ha convertido en un *best seller* y en un sensacional tema de debate dentro de la Norteamérica evangélica.

En un reciente episodio de *The Dig*, Dan Denvir conversó con Du Mez sobre su libro, la historia del evangelismo estadounidense y cómo esa historia nos ha llevado hasta donde estamos hoy.

Hay muchos debates sobre la demografía de los votantes de Trump y sus motivaciones, pero tal vez no haya mejor representante del núcleo al rojo vivo de la base de Trump que los evangélicos blancos. Hubo un gran esfuerzo por entender lo que se percibía como hipocresía evangélica. ¿Cómo podían los votantes de los «valores familiares» apoyar a un ícono de la inmoralidad sexual descarada?

Una respuesta común era que se trataba de un apoyo instrumental: se reconciliaban con el candidato que podía elegir a los jueces del Tribunal Supremo. Pero usted escribe que Trump no contradecía los valores evangélicos, sino que era su encarnación más completa. ¿Por qué?

A primera vista, parece absolutamente una hipocresía. Pero históricamente hablando, lo que los evangélicos entienden por «valores familiares» siempre se reduce al poder patriarcal blanco.

Si nos remontamos a los años 60 y 70, durante el surgimiento de la derecha religiosa, vemos que los temas en torno a los cuales se movilizaron originalmente fueron la autoridad de los padres blancos para tomar decisiones sobre sus hijos a la luz de los esfuerzos de desegregación racial, y la afirmación de la masculinidad tradicional contra el feminismo y el sentimiento antibélico en la era de Vietnam. Lo que une estas cosas es la afirmación de la

autoridad patriarcal blanca. En la medida en que Trump simbolizaba el mismo tipo de *ethos*, realmente no estamos hablando de hipocresía o de una traición a los valores evangélicos.

Usted escribe que los evangélicos, más que cualquier otro grupo religioso, apoyan la guerra preventiva, la tortura y la pena de muerte. Son los más propensos a poseer armas, a apoyar los derechos de las armas, a ser antinmigrantes y antirrefugiados.

Una parte clave de su argumento es que las guerras culturales nunca fueron solo sobre lo que pensamos que eran --la sexualidad y la reproducción, en sentido estrecho--. ¿Qué son realmente las guerras culturales, y qué nos perdemos cuando las vemos simplemente como una tradición u objeción bíblica a los derechos de los homosexuales y al aborto en particular?

Ser evangélico es mucho más que sostener puntos de vista doctrinales particulares sobre la sexualidad o la reproducción. Aunque éstas son muy importantes, funcionan principalmente como una especie de puente entre la fe religiosa y los ideales culturales y valores políticos no religiosos, uniéndolos.

Si observamos a los evangélicos y vemos lo que les motiva y moldea, lo religioso, lo cultural y lo político están siempre profundamente entrelazados. Están unidos a través de los medios de comunicación que consumen, a través de las palabras que escuchan desde el púlpito. Tenemos que pensar en el evangelismo como una identidad religiosa, cultural y política. Todo está mezclado y es imposible de separar.

En términos de teología, usted sostiene que los puntos más finos no importan tanto, al menos ya no, y que la mayoría de los evangélicos blancos son casi analfabetos teológicos.

Sí, la forma en que el evangelicalismo ha sido definido tradicionalmente por los estudiosos del evangelismo y por los propios evangélicos --al menos los evangélicos de élite-- es a través de estos cuatro distintivos, que han llegado a conocerse como el Cuadrilátero de Bebbington. Esta definición de cuatro puntos fue acuñada por el historiador David Bebbington hace un par de décadas. Si vas a la página web de la National Association of Evangelicals, encontrarás esos cuatro puntos: conversionismo, biblicismo, crucicentrismo (y resurrección de Jesús) y activismo.

Mientras investigaba, me di cuenta de que esa definición no me llevaba muy lejos para describir el movimiento. Por ejemplo, en cuanto a la cuestión de la raza, si se toma esa definición teológica del evangelicalismo, se puede clasificar a la mayoría de los protestantes negros de EEUU como evangélicos. Pero la gran mayoría de los protestantes negros que pueden marcar todas esas casillas teológicas no se identifican como evangélicos. Eso es porque para los protestantes negros está muy claro que ser evangélico es mucho más que estos distintivos teológicos.

Y para los evangélicos blancos, se ve que las distinciones teológicas importan menos con el tiempo. Antes importaban mucho. Preguntas como qué pasa con el regreso de Cristo, cuándo ocurre, o desacuerdos sobre la existencia de los dones espirituales, el hablar en

lenguas, el bautismo de niños frente al de adultos...

Estas cuestiones han sido tradicionalmente muy importantes para distinguir una denominación de otra. Lo que vi en mi investigación es que en los últimos cincuenta o setenta y cinco años, esas distinciones teológicas han pasado a un segundo plano para la mayoría de los evangélicos. Lo que surgió en su lugar fueron estos puntos de interés cultural y político.

En lugar de los criterios teológicos, lo que viene a definir el evangelicalismo es su postura en cuestiones de género y sexualidad, la aceptación de la autoridad patriarcal, la creencia en la sumisión femenina. Así es como se determina quién está dentro y fuera del redil. Así que hemos llegado a un punto en el que los evangélicos progresistas que pueden marcar todas esas casillas ideológicas pero que tienen una opinión diferente sobre las cuestiones LGBTQ, por ejemplo, quedan fuera del redil evangélico y son condenados al ostracismo. Este reajuste y redefinición de los límites tiene lugar en el último medio siglo aproximadamente.

Escribes que «la masculinidad blanca y militante sirve de hilo conductor, construyendo todas estas cuestiones en un todo coherente. El gobierno de un padre en el hogar está inextricablemente ligado al liderazgo heroico en el escenario nacional, y el destino de la nación depende de ambos». ¿Cómo es que el género sirve de bisagra para conectar lo que consideramos valores familiares evangélicos con la visión más amplia del mundo nacionalista cristiano de derechas de los evangélicos?

Cuando pensamos en la política evangélica, a menudo la gente se dirige inmediatamente a la política de valores familiares, a los asuntos domésticos y a las cuestiones de sexo y género. Hay una buena razón para ello. Los evangélicos hablan mucho de eso. Lo que a menudo se olvida es que las opiniones de los evangélicos sobre la política exterior son también muy distintas. Quería explorar la conexión.

La primera vez que sentí curiosidad por el tema de la masculinidad evangélica fue en realidad hace más de quince años, cuando leí *Wild at Heart*, de John Eldredge, que esboza una concepción muy militante y militarista de la hombría cristiana. Dios es un Dios guerrero y los hombres están hechos a su imagen. Cada hombre tiene una batalla que librar. Esto me sorprendió. Yo mismo soy cristiana, y esa no es realmente mi concepción de la hombría cristiana o del cristianismo. Esto fue también en 2005 o 2006, los primeros años de la guerra de Irak.

El libro llegó a vender más de cuatro millones de copias. Todos los hombres y niños evangélicos (y muchas mujeres) estaban leyendo ese libro. En esa época también vi todos estos datos de encuestas que indicaban que los evangélicos blancos eran mucho más propensos que otros estadounidenses a apoyar la guerra de Irak, a apoyar la guerra preventiva en general, a aprobar el uso de la tortura, a abrazar la política exterior agresiva. Para mí, como historiadora de género, era una pregunta básica: ¿qué puede tener que ver una cosa con la otra?

Esta concepción de la masculinidad guerrera está casi por todas partes en los espacios

evangélicos conservadores. Se utiliza para defender el liderazgo masculino en el hogar, que se considera el bloque de construcción y el principio organizativo fundamental de la sociedad. La autoridad patriarcal --la autoridad del marido sobre su mujer y sus hijos-- está directamente relacionada con la voluntad de Dios para la sociedad. Se necesitan líderes fuertes en el hogar, líderes fuertes en la iglesia --también hombres-- y también líderes fuertes en la nación. Y hay que asegurarse de que estos hombres no sean castrados: que su autoridad no sea desafiada, ya sea en el hogar, en la iglesia o en la nación.

La historia convencional es que los fundamentalistas se retiraron de la política y de la vida pública después del «Juicio del mono» de John Scopes sobre la evolución en 1925, pero que luego esperaron su momento y explotaron en la escena repentinamente con *Moral Majority*, de Jerry Falwell, en los años 70. Pero usted escribe: «Fue en los años 40 y 50 cuando una prudente mezcla de tradicionalismo de género patriarcal, militarismo y nacionalismo cristiano se unió para formar la base de una identidad evangélica revitalizada».

¿Qué se revela cuando ubicamos al movimiento evangélico temprano donde usted sostiene que realmente pertenece, esto es, en el centro de la vida estadounidense de la Guerra Fría?

La narrativa original es que los evangélicos se retiraron para lamerse las heridas después de humillantes derrotas, incluyendo el Juicio de Scopes y el fracaso en recuperar o tomar el control de las principales denominaciones protestantes, y que esencialmente desaparecen hasta que resurgen en la década de 1970. Esa es la historia que cuentan los liberales y secularistas.

Pero los historiadores del evangelismo llevan mucho tiempo argumentando que no es así. ¿A dónde fueron estas personas? Crearon sus propias instituciones, sus propias denominaciones, sus propios colegios bíblicos, sus propios boletines, sus propias editoriales, y les estaba yendo bastante bien.

A finales de la década de 1920 y 1930, se ve a un montón de estas instituciones más pequeñas establecerse. Luego, a principios de la década de 1940, se reúnen y dicen: «Sabes qué, estamos haciendo un montón de trabajo realmente bueno en todo el país, pero imagina lo que podríamos hacer si nos unimos». En 1942 forman la National Association of Evangelicals, lo que revela la existencia de un plan explícito para ejercer la fuerza en número y afirmar su influencia sobre la cultura y la sociedad estadounidenses.

Dicen: «Necesitamos revistas con decenas de miles o cientos de miles de suscriptores. Tenemos que ir a la radio. Necesitamos abrazar las publicaciones cristianas. Necesitamos librerías en cada pueblo y ciudad de este país». Lo que es realmente notable es que en solo quince años hayan logrado todo esto y más.

Creían que eran los cristianos más fieles, el «remanente fiel», los que sostenían la verdad de Dios y que, por lo tanto, era su deber asegurarse de ejercer su influencia ampliamente sobre la sociedad estadounidense. Esto fue durante la Segunda Guerra Mundial, y vemos que el patriotismo también infunde este sentido de propósito evangélico. Eran los «verdaderos» cristianos y los «verdaderos» estadounidenses.

Este sentido de propósito especial solo se agudiza después de la Segunda Guerra Mundial, con la llegada de la Guerra Fría. De repente surgió esta gran amenaza tanto para la nación como para los cristianos en forma de comunismo. El comunismo era anti-Dios, antifamilia y antinorteamericano, todas las cosas que ellos apreciaban más. Entendieron que su papel era defender el cristianismo norteamericano y que eso requería una defensa militar, porque la amenaza del comunismo era una amenaza militar.

La cuestión es que estos valores que los evangélicos conservadores apreciaban a finales de los años 40 no eran tan diferentes de los valores que tenían muchos estadounidenses, especialmente los de la clase media blanca.

Por eso, en retrospectiva, no destacan tanto y la gente puede pensar que no estaban allí.

Exactamente. Fue el *baby boom* de la posguerra, por lo que los valores familiares tradicionales estaban de moda y eran apoyados por el gasto del gobierno a través de la Ley G. I., para los estadounidenses blancos de clase media en particular. Dado el consenso de la Guerra Fría, no eran tan distintivos. Pero eso significaba que se sentían en el centro de las cosas, lo que continuó siendo así a lo largo de los años 50, con el ascenso de su figura popular clave: Billy Graham.

La Guerra Fría permitió a los evangélicos situar la guerra santa entre las fuerzas de Cristo y el Diablo en el conflicto geopolítico terrenal de EEUU con el comunismo. ¿Cómo desempeñó también este papel clave para llevar al evangelismo en una dirección más profundamente patriarcal?

El gobierno de EE. UU. estaba tratando de enfatizar la amenaza del comunismo y movilizar la oposición al mismo. Pero a muchos estadounidenses, especialmente al salir de la Segunda Guerra Mundial, no les importaba mucho al principio. Así que hubo un esfuerzo consciente por parte del gobierno para aumentar la sensación de urgencia y crisis, y los evangélicos ayudaron en ese esfuerzo. Añadieron su propio giro, que era que la lucha contra el comunismo era sinónimo de la lucha contra el Diablo.

Cuando esa lucha se traslada a los campos de batalla de Vietnam, las cosas no salen como estaba previsto. La gente empieza a preguntarse: «¿Qué tiene de malo la hombría estadounidense para que no podamos derrotar a este enemigo?». Y también está la reacción opuesta, que es que se empieza a ver un aumento del activismo antiguerra.

La otra cosa que está ocurriendo al mismo tiempo, en los años 60 y principios de los 70, es un cambio social dramático en términos de feminismo que desafía los roles de género «tradicionales». Como historiadora, siempre hay que usar comillas alrededor de la palabra tradicional. En este caso, estamos hablando realmente de esta economía del sostén de la familia que solo se aplicaba a ciertos estadounidenses blancos de clase media en los años 50 y principios de los 60.

Tanto el feminismo como lo que está ocurriendo en Vietnam están planteando algunas cuestiones fundamentales sobre el género: sobre lo que significa ser un hombre, qué tipo de hombres necesitamos, qué significa ser una mujer. También están planteando cuestiones

sobre la autoridad.

Hay manifestantes estudiantiles que desobedecen a las autoridades universitarias. El movimiento antiguerra desafía la autoridad del Estado. No solo hay hippies que desafían la acción militar de EEUU, sino hombres que se dejan crecer el pelo y llevan camisas floreadas. Todas estas cosas parecían golpear el orden social dado y ordenado por Dios. Es entonces cuando los valores evangélicos pasan de ser valores de consenso a ser valores de oposición en la cultura más amplia, y también desarrollan un énfasis particular en la autoridad.

Esto me quedó claro por primera vez cuando miré los escritos de James Dobson. Yo diría que si vas a entender la historia del evangelismo blanco en el último medio siglo, él es tu hombre. Está en el centro de todo. Saltó a la fama a principios de los años 70 como psicólogo infantil que escribía sobre cómo disciplinar a los hijos.

Es como el anti-Doctor Spock.

Spock era el educador. Dobson miró a Spock y dijo: «Esto es exactamente lo que está mal en la sociedad estadounidense. Al mimar a sus hijos, los están preparando para convertirse en hippies». De hecho, el propio doctor Spock se convirtió en un activista antibélico, así que podría haber algo ahí. Dobson dijo exactamente lo contrario de Spock. Decía que hay que disciplinar a los hijos; que hay que darles unos azotes; que hay que imponer el dominio para que aprendan a someterse a la autoridad paterna, porque el destino de la nación depende de que se sometan a las autoridades apropiadas ordenadas por Dios. Escribió un libro titulado *Dare to Discipline* [Atrévete a la disciplina].

Qué título.

James Dobson es la corriente principal del evangelismo blanco, del evangelismo de valores familiares. Pero se inspiraba y tenía mucho en común con figuras más marginales.

Hay otra persona sobre la que escribo junto a James Dobson, llamada Bill Gothard. Bill Gothard es una suerte de figura sombría. Cuando me propuse escribir este libro, no tenía ningún interés en escribir sobre él porque me parecía demasiado marginal. Es un consejero ultrautoritario que también tiene muchas opiniones sobre cómo criar y disciplinar a los niños. A diferencia de Dobson, que estaba en la radio y le hablaba a todo el mundo, Gothard hacía lo suyo a través de estos seminarios no muy secretos, pero tampoco súper abiertos.

Cientos de miles de evangélicos conservadores asistieron a estos seminarios de Gothard. En el transcurso de mi investigación, muchos evangélicos de la corriente principal me apartaron para preguntarme si hablaría de Bill Gothard. Con el tiempo me di cuenta de lo profunda que era su influencia y lo amplia que era, aunque por debajo de la superficie. Usted ha oído hablar de James Dobson, pero la mayoría de sus lectores probablemente no han oído hablar de Bill Gothard.

Él se apoyaba en las enseñanzas de un teólogo reconstruccionista cristiano llamado Rousas Rushdoony. ¿Qué es el reconstruccionismo cristiano y cómo se compara su visión con el modelo relativamente más sencillo propuesto por alguien como

Dobson? ¿Cómo es que ese modelo, que es realmente reaccionario de extrema derecha (Rushdoony, por caso, era un apologista de la esclavitud) se extendió tanto entre el cristianismo evangélico estadounidense?

Rushdoony era un apologista de la esclavitud, la supremacía blanca y la misoginia. Defendía un duro machismo: las mujeres no deberían votar, las mujeres no deberían ir a la universidad, las mujeres no deberían trabajar fuera de casa, el marido tiene autoridad absoluta sobre todos los aspectos de la vida de su mujer. Era muy de derecha, muy extremista y muy marginal. Pero esto es parte del problema. Es tentador descartar algunas de estas figuras marginales como Rushdoony, o incluso Gothard, como extremistas irrelevantes.

Pero cuando empiezas a observar las redes y las enseñanzas y creencias de los evangélicos de a pie, te das cuenta de que es realmente difícil distinguir a los marginales de la corriente principal. Esto se convirtió en un tema de mi investigación. Cuando ves a alguien como Dobson, que hace hincapié en la autoridad patriarcal, en una estructura de autoridad jerárquica, en la necesidad de someterse a las autoridades ordenadas por Dios y en la idea de que el destino de la nación depende de nuestra capacidad para lograr una sumisión adecuada a la autoridad, y luego ves a alguien como Gothard, no hay mucha distancia entre los dos. Una es, sí, más dura y llevada al extremo. Pero hay numerosas coincidencias.

Muchos de los académicos que me precedieron no tocarían a alguien como Rushdoony, porque rápidamente te pueden acusar de ahogarte en un vaso de agua. ¿Quién ha oído hablar de Rushdoony, incluso en los espacios evangélicos? Como Gothard, es bastante subterráneo. Pero si miras los escritos populares sobre la vida familiar y la crianza de los hijos, si miras los libros de texto en la red de educación en el hogar y en las redes de escuelas cristianas, ¿qué dicen sobre la esclavitud? ¿Qué dicen sobre la Norteamérica cristiana? ¿Qué dicen sobre los roles de género? Ahí es donde puedes ver las huellas de este reconstruccionismo cristiano, esta estructura muy jerárquica y patriarcal de toda la sociedad.

Algunas personas solo incursionarán en la versión principal. Algunas personas serán la extrema derecha de la educación en casa. Mucha gente estará en algún punto intermedio y serán consumidores promiscuos. Si compras en una librería cristiana o va a la biblioteca de su iglesia --o, ahora, si se conecta en línea-- es probable que tengas fuentes disponibles en todo el espectro. Y si te aventuras en las articulaciones más extremas, tal vez no te resulten muy impactantes, porque ya te han presentado las versiones un poco menos extremas de estas enseñanzas.

El surgimiento de Phyllis Schlafly como estrella evangélica es una ilustración particularmente llamativa de la importancia decreciente de la teología a medida que la unidad en estos principios culturales se hace evidente. Schlafly, por supuesto, era católica. Los evangélicos han tenido tradicionalmente unas opiniones muy negativas sobre los católicos y el catolicismo en EEUU. ¿Qué significó para los evangélicos unirse detrás de un católico en la guerra cultural?

Durante gran parte de la historia de EEUU, los evangélicos y los católicos no eran buenos amigos. Los católicos eran vistos como el enemigo. No eran «verdaderos cristianos». Si nos

fijamos en el aborto, en los años 60 los evangélicos conservadores *no* eran «provida», ni mucho menos, en parte porque se consideraba una cuestión católica y ¿quién quiere ser como los católicos?

Pero Schlafly y el movimiento evangélico tenían mucho en común. Schlafly empezó como anticomunista y alcanzó la fama con su libro *A Choice Not an Echo*. No fue hasta principios de los años 70 cuando empezó a preocuparse por el género y el feminismo. Una amiga le llamó la atención sobre la Enmienda para la Igualdad de Derechos y ella pensó inicialmente: «Tengo peces más grandes que freír aquí. Estoy centrada en el anticomunismo y la política exterior. No me hagas perder el tiempo». Luego se fijó más detenidamente y se dio cuenta, al igual que los evangélicos, de cómo el género estaba vinculado a la política exterior: la idea de que la nación estadounidense necesita hombres fuertes y robustos.

El contrapunto a esto es que se necesitan mujeres sumisas, domesticadas y muy femeninas para que desempeñen el papel que les corresponde. Y se necesitan ambas cosas juntas en forma de familia nuclear para fortalecer la nación y actuar como baluarte contra el comunismo, entre otras cosas, criando a los niños para que sean hombres fuertes que luchen contra los comunistas en el campo de batalla.

El anticomunismo y el conservadurismo de género encajan perfectamente en la obra de Schlafly, lo que resulta inspirador para los evangélicos. Ella articula para ellos sus propias ideas incipientes y une las piezas de una manera que tiene mucho sentido. Muy pronto empezarán a ofrecer sus propias versiones de esto.

De la familia nuclear al arsenal nuclear.

Exactamente. Y, en última instancia, no importaba tanto que fuera católica, ya que estaba claramente de su lado en lo que importaba: de nuevo, no la teología, sino los valores culturales y políticos. Las distinciones teológicas tradicionales y las distinciones culturales entre católicos y protestantes empiezan a retroceder cuando empezamos a ver que estos valores conservadores unen a los católicos blancos conservadores con los evangélicos blancos conservadores.

Más adelante, se produce una mayor unidad con los judíos conservadores y los mormones conservadores.

Sí. Con los mormones conservadores también podemos ver una historia paralela, particularmente en torno a las cuestiones de género. Hay mujeres mormonas conservadoras que también defienden estos mismos valores y se unen.

El final de la Guerra Fría supuso un problema para el evangelismo estadounidense militarizado. Usted escribe: «Durante décadas, el anticomunismo había sido el eje de la visión evangélica del mundo, justificando el militarismo en el exterior y la búsqueda militante de la pureza moral en el interior. La victoria del mundo libre era algo que había que celebrar. Pero también era desorientadora. Sin un enemigo común, sería más difícil mantener las expresiones militantes de la fe».

Los evangélicos, escribe usted, encontraron inicialmente su nuevo enemigo en el

llamado Nuevo Orden Mundial, que no sabía que era una idea tan profundamente evangélica. ¿Cuál era ese nuevo mal, el Nuevo Orden Mundial, que descubrieron los evangélicos?

En los años 90, el evangelicalismo se vio sumido en la confusión. Pat Buchanan y la vieja guardia decían: «Tenemos que redoblar la apuesta. Hay una guerra. No es la Guerra Fría, pero es una guerra por el alma de Norteamérica». Pero también había gente que buscaba algo nuevo y decía: «Centrémonos en la pobreza mundial. Centrémonos en la persecución global de los cristianos. Vamos a participar en el activismo contra el tráfico de personas. Dejemos atrás las viejas costumbres».

El Nuevo Orden Mundial surgió como candidato a la nueva amenaza. Hay una historia más larga aquí también, en el fundamentalismo conservador del siglo XX, de diferentes interpretaciones de las escrituras como profecía de un orden global maligno. Esto aparece en la teología y también en la ficción cristiana, la idea de una fuerza totalizadora que se presenta como defensora de la armonía mundial, pero que no es de Dios y por lo tanto sólo puede ser malvada. La idea es: «Esto es el Anticristo, así que no te dejes engañar. Tenemos que oponernos a ellos».

Es una forma de llevar el nacionalismo cristiano, con su énfasis en la soberanía y el excepcionalismo estadounidense, a un mundo sin comunismo. El tema del Nuevo Orden Mundial está definitivamente ligado a las teorías de la conspiración de los años 90, pero tampoco podemos considerarlo como algo marginal, porque también se ven elementos de ello dentro de la corriente principal del evangelismo. Los evangélicos comenzaron a mostrarse muy reactivos hacia cosas como la Comisión de DDHH de la ONU. Una piensa: «¿No es algo bueno? ¿No podemos estar todos a favor de los DDHH?». No, en absoluto. Algunos evangélicos sentían que era realmente obra del Diablo y que, por tanto, había que combatirla.

Otra vertiente que despegó en los años 90 y en la década de los 80 fue esta amplia cultura de la pureza. Enfatizaba tanto la abstinencia como las alegrías que se derivan del sexo conyugal. ¿Cómo surgió ese movimiento y qué tipo de actividades e instituciones conllevaba?

De nuevo, hay una historia más larga de enseñanzas de moralidad sexual dentro de los círculos cristianos. Pero la cultura de la pureza de los años 90 es distinta. Está inextricablemente ligada al patriarcado, y pone un enorme énfasis en la modestia y la pureza femeninas. La idea explícita era que una chica estaría arruinada si perdía su virginidad antes de casarse. Engañaría a su futuro marido con lo que es suyo por derecho, y probablemente arruinaría su vida sexual.

Mientras tanto, para que todo esto funcionara, los chicos tampoco debían tener relaciones sexuales antes del matrimonio. Pero había menos vergüenza en este caso. La vergüenza estaba más relacionada con la masturbación y el porno. En los círculos de hombres, había un poco más de perdón en términos de tener sexo antes del matrimonio. Pero a los chicos se les prometía que tendrían sexo alucinante tan pronto como se casaran, si esperaban.

Eso es sólo rascar la superficie en términos de lo que era la cultura de la pureza. Era una

cultura. *I Kissed Dating Goodbye*, de Joshua Harris (él era un niño educado en casa y escribió este libro cuando tenía veintiún años de edad) fue un éxito de ventas masivo. Esto realmente llevó las cosas al extremo: no tienes una cita, tienes un cortejo. Y se corteja con el permiso del padre. Puede que ni siquiera se tomen de la mano. Tal vez puedas tomarte de la mano, pero no te besas hasta el día de la boda. Y no era solo Josh Harris; había todo un mercado para este tipo de medios.

La cultura de la pureza dominó la cultura juvenil evangélica durante más de una generación. Si eras un niño evangélico en los años 90, esto es lo que se hablaba en el grupo de jóvenes. Había todo un circuito de conferencias en el que los oradores iban a los grupos de jóvenes de las iglesias y a las escuelas cristianas y hablaban de todas las cosas malas que pasaban si tenías sexo.

Y luego estaban los bailes de pureza, que todavía ocurren hoy en día. La idea es que un padre tiene que mostrar a su hija cómo es una relación romántica adecuada, y que su virginidad es la última responsabilidad como padre. Así que la lleva a uno de estos bailes, se viste de gala y se celebra una ceremonia en la que se le entrega un anillo de pureza. Al aceptarlo, promete llevarlo puesto y permanecer virgen hasta el día de su boda, cuando el padre la «entrega», literalmente, a su marido. Entonces queda bajo la autoridad de su marido, y puede tener relaciones sexuales y complacerle como Dios manda.

En realidad, muchos evangélicos que recibieron estas enseñanzas o participaron en estos rituales no esperaron al matrimonio para tener relaciones sexuales, y eso les ha causado décadas de culpa, que muchos todavía arrastran. Si sus matrimonios no funcionaron, fue por eso, o eso les hicieron creer. Mientras tanto, muchos de los que esperaron descubrieron, para su profunda decepción, que el sexo conyugal o su matrimonio en sí no eran tan buenos. En general, esta cultura ha generado mucha decepción, culpa y vergüenza.

Usted escribe que los Promise Keepers decayeron después de su apogeo en los 90 porque el atractivo de su suave patriarcado se estaba desvaneciendo. Lo que llenó el vacío fueron grupos como Mars Hill Church, fundada en 1996 en Seattle por Mark Driscoll. Era una iglesia tatuada, con insultos, bebedora de cerveza, hipermasculina y realmente muy misógina.

Driscoll pedía a las mujeres de la congregación que les hicieran sexo oral a sus maridos, describía a las mujeres como creadas por Dios para ser «hogares para los penes de los hombres». En 2019, tenía más de setecientas iglesias en todo el mundo. Mars Hill era parte de algo llamado el Nuevo Calvinismo. ¿Qué fue ese movimiento y cómo afectó al movimiento evangélico?

Crecí en el cristianismo calvinista. Enseñé en la Calvin University. Todavía me identifico como calvinista. Llegué a la mayoría de edad en los años 90, justo cuando empezamos a ver este auge del Nuevo Calvinismo, y al principio pensé: «¡Sí! ¡Bien por nosotros!».

Divertido y tatuado.

Muy pronto me di cuenta de que no había lugar para mí en este Nuevo Calvinismo. Formaba parte de ese giro que se alejaba del evangelismo más suave y amable de la década de 1990.

El péndulo estaba retrocediendo. Hubo una reacción contra las cosas que se volvieron demasiado suaves. La gente comenzó a pensar: «Necesitamos endurecernos. Necesitamos más hombres robustos. Necesitamos más hombres masculinos en la iglesia norteamericana».

El libro al que me referí antes, *Wild at Heart*, salió en 2001. *Bringing Up Boys*, de James Dobson, también salió en 2001. Doug Wilson, de nuevo un personaje marginal que puede decirnos algo sobre lo que estaba ocurriendo en el evangelicalismo, promovía una teología de las peleas a puñetazos. Toda esta gente está en las estanterías en 2001, justo cuando los terroristas atacan a EEUU.

Después de 2001, esta masculinidad cristiana más militante, grosera, misógina y profundamente problemática comienza a ser la corriente principal. Cuando se escuchan algunos de los sermones y enseñanzas de Mark Driscoll sobre el sexo, es absolutamente abusivo (cerrando el paso a las mujeres, ordenando a las mujeres que sirvan a sus maridos sexualmente porque Dios les dijo que realizaran actos sexuales aunque no se sintieran cómodas con ello...). Y Driscoll se convierte en una celebridad y un modelo a seguir para los pastores evangélicos y para toda una generación de jóvenes evangélicos. Es apoyado por evangélicos eminentemente respetables que, en el peor de los casos, piensan que es un poco tosco, pero fundamentalmente creen que entiende bien el complementarismo.

El complementarismo es esta idea de que los hombres y las mujeres están diseñados por Dios para ser extremadamente diferentes y deben unirse para formar un todo. Los hombres deben liderar, predicar y luchar. Las mujeres deben quedarse en casa, ser femeninas y hermosas. Esta idea no es nueva, pero una revista del Council on Biblical Manhood and Womanhood, un grupo de reflexión teológica, comenzó a difundir estas enseñanzas por todas partes.

Mientras tanto, en la década de 2000, alguien como Doug Wilson, que es un racista descarado --él lo refutaría, pero se pueden leer sus escritos sobre la esclavitud y lo buena que era--, está siendo promovido y defendido por hombres evangélicos de la corriente principal como John Piper. Ves a alguien como Mark Driscoll diciendo cosas extremadamente problemáticas sobre el sexo y las mujeres, y exhibiendo un estilo de liderazgo abusivo, y no solo se le da tribuna sino que se le alaba porque está en el «lado correcto» del género y el patriarcado.

Las élites evangélicas están diciendo esencialmente: «Podemos tolerar el racismo. Podemos tolerar el abuso. Pero si cruzas la línea del género o la sexualidad, estás muerto para nosotros. Estás fuera. Tus libros no se venderán en Lifeway Christian Books. Estás expulsado de tu iglesia. Vas a perder tu púlpito». Y así es como se imponen estos límites.

¿Cómo utilizaron los evangélicos el 11-S tanto para reafirmar las normas de género como para orientar de nuevo el evangelicalismo de forma más intensa hacia el nacionalismo cristiano y el militarismo?

El 11-S fue muy crítico. El péndulo ya estaba oscilando y ya estaban rechazando este patriarcado más suave y gentil de los años 90. Pero después del 11 de septiembre, con este nuevo estado de ánimo militarista, los Promise Keepers parecieron de repente tan

vergonzados y excesivamente emocionales. Así que los Promise Keepers se subieron al carro, se endurecieron y se rebautizaron como guerreros.

Ahora tenemos esta robusta masculinidad cristiana con esteroides. Las cosas se ponen muy coloridas a principios de la década de 2000. Tienes ministerios de MMA [artes marciales mixtas]. Tienes un relato de hombres en un mitin literalmente cantando sobre sus pelotas. Pero tiene mucho sentido, y además alimenta una política exterior muy agresiva. Lo que llegué a ver es que muchos de los hombres que promovían más a viva voz esta concepción militante de la hombría cristiana eran también virulentamente islamófobos y promovían estas horribles historias de la «amenaza musulmana», que tanto recuerdan a la amenaza comunista de un par de generaciones antes.

Esta era la nueva Guerra Fría. Era como: «Vaya, las cosas fueron confusas durante una década más o menos, pero estamos de vuelta en el camino. Tenemos a nuestro enemigo y Dios está de nuestro lado».

El abrazo evangélico a Trump, ¿representa un giro hacia el enemigo liberal doméstico?

Parece que es así. Ahora estamos de nuevo en un punto en el que no tenemos una amenaza externa clara en la que centrarnos y contra la que unirnos. Podría surgir rápidamente, como vimos después del 11 de septiembre. Pero mientras tanto, el enemigo somos nosotros. Los liberales, las feministas, los humanistas seculares, etc., siempre se han contado entre los enemigos del evangelismo. Antes ayudando a un enemigo mayor, ahora como el principal enemigo.

Se trata del nacionalismo cristiano: este mito de que EEUU fue fundado como la nación elegida por Dios, que era una nación explícitamente cristiana, que nuestros padres fundadores eran cristianos devotos.

Y llega Donald Trump. No es evangélico, pero promete proteger a los evangélicos. Y luego es en cierto modo bautizado por James Dobson. Sí, dice palabrotas. Dice malas palabras. No sabe cómo hablar. Pero nos protegerá. Así que le dan su voto y llega a la Casa Blanca.

La brillantez de Trump, en lo que respecta a ganar y mantener el apoyo evangélico, fue su capacidad de avivar este miedo, este temor existencial de que «ellos están fuera para atraparnos». Ese «ellos» eran otros estadounidenses. No eran «norteamericanos de verdad». Eran inmigrantes, eran personas no blancas, eran cualquiera que no fuera votante de Trump. Cualquiera que no fuera un adorado votante de Trump estaba contra ellos.

¿Qué opinas del hecho de que tantos evangélicos blancos creen en QAnon?

Es una reminiscencia del enfoque de los 90 en el Nuevo Orden Mundial. Los evangélicos han sido preparados para QAnon por una sospecha de décadas de los medios de comunicación convencionales y seculares. También hay una tradición profética dentro del evangelismo y ciertas prácticas de estudio bíblico evangélico de «el misterio será claro para ti, puedes leer los textos bíblicos y puedes discernir lo que significa para ti y el mensaje que tiene para tu vida», una especie de fomento de la interpretación independiente, una especie

de «Tenemos nuestras propias fuentes de verdad».

Y, en parte, estaba el imperio del mal comunista suplantado por los musulmanes y ahora había un vacío llenado por una camarilla pedófila de la élite liberal.

Lo interesante es que los evangélicos que son leales a Trump y a QAnon se están volviendo en algunos casos contra sus propios líderes, contra las élites de su propio movimiento. Una de las cosas que hemos visto en los últimos cinco años es que muchos pastores evangélicos se enfrentan a los límites de su propia autoridad. Si un pastor decidiera hablar en contra de Trump, hay una posibilidad no despreciable de que sea despedido y retirado de su púlpito. Hay voces contra Trump, voces contra QAnon, voces a favor de las mascarillas y otras medidas para combatir el COVID-19 dentro del evangelicalismo. Pero les echan tanto encima que al final dicen «ya basta», y tienes a figuras de alto perfil abandonando la Convención Bautista del Sur. ¿Y qué pasa con esas instituciones? Redoblan la apuesta y se vuelven aún más reaccionarias.

La obsesión central de la derecha en este momento es posiblemente el Proyecto 1619 y la Teoría Crítica de la Raza (CRT), que sugieren que EEUU es fundamentalmente malo en algunos aspectos. Esta fue una de las cosas que, en parte significativa, alimentó este reciente intento de toma de posesión ultraderechista de la Convención Bautista del Sur, una denominación que ya fue tomada por insurgentes derechistas en 1979 y que ya es uno de los grupos religiosos más derechistas de este país.

Los evangélicos son muy protectores de lo que fue EEUU, pero luego también los más pesimistas y negativos sobre lo que es ahora y en lo que se ha convertido. ¿Qué nos enseña la historia evangélica que usted cuenta sobre lo que nos ha llevado a este punto en el que la política está tan polarizada, de una forma que no sé si ha ocurrido nunca, en torno a la historia de EEUU?

Es un momento muy importante para ser historiador de los EEUU. La historia es un campo de batalla. Ver cómo surge este movimiento anti-CRT en tiempo real ha sido fascinante en los últimos dos años. Hay una historia mucho más larga. Ahora se llama CRT o anti-CRT, pero los evangélicos conservadores han trabajado durante mucho tiempo para establecer sus propias narrativas históricas sobre Norteamérica. Se trata del nacionalismo cristiano: este mito de que EEUU fue fundado como la nación elegida por Dios, que era una nación explícitamente cristiana, que nuestros padres fundadores eran cristianos devotos.

Los historiadores, incluidos los legítimos historiadores evangélicos, han desmontado esta mitología. Pero no han tenido mucho impacto en términos de historias populares, y la historia es muy popular en los círculos evangélicos. Tienes a alguien como David Barton, que está escribiendo estas pseudohistorias para adultos. También tienes toda una red de educación en casa y una red de escuelas cristianas. Sus libros de texto han estado enseñando durante generaciones esta versión mítica de la historia norteamericana en la que EEUU se fundó como una nación cristiana y todo era maravilloso y bueno, incluso a lo largo del siglo XIX, y los esclavos estaban bien y eran realmente buenos amigos de sus amos, etc. Todo esto está en los libros de texto.

La identidad de los evangélicos está arraigada en su vocación, en su tarea, que es devolver a EEUU a sus orígenes cristianos, porque solo entonces Dios dará a esta nación su bendición. El evangelismo, recuerden, ha sido así desde la Segunda Guerra Mundial. Siempre han tenido esta misión especial.

Por supuesto, nunca lograrán su cometido, porque su versión de Norteamérica nunca fue real para empezar. Pero es una forma increíblemente poderosa de reunir a las tropas, de movilizar a los conservadores y de hacerles sentir que han perdido algo que es suyo por derecho: que este es nuestro país, que una vez estuvimos en el centro de las cosas y que lo que tiene que ocurrir es que tenemos que volver a estar al mando porque entonces podremos hacer «America Great Again».

The Dig

<https://www.lahaine.org/mundo.php/eeuu-el-evangelismo-de-hoy>